

JOSÉ MARTÍ RAZÓN DE SU PRESENCIA CONSTANTE

María Salvadora Ortiz

La institución que en América Latina llamamos Universidad proviene de una raíz esencialmente europea, pero también aquí ha desempeñado un papel fundamental en la defensa de nuestras culturas. Invención europea, la institución universitaria nació para dar respuesta a necesidades de rescate y de redención que, a la larga, son profundamente universales. Me figuro a la Universidad como un Arca de Noé múltiple, invencible, auto reproductora y gigantesca, que flota sobre el oleaje de la historia en busca de los Himalayas, los Andes y los Cárpatos, sobresaliendo siempre por encima del diluvio permanente de la política y de las catástrofes de la historia. De modo que resulta más que adecuado que sea en el ámbito de una entrañable universidad europea donde compartamos algunas reflexiones sobre la figura de José Julián Martí Pérez, uno de los grandes forjadores de esa visión multicultural que, en el fondo, es la razón esencial del ser y el sentir latinoamericanos.

Nacido en La Habana en enero de 1853, de padres españoles, único varón entre siete hermanas, José Martí muere en 1895, en lo que podríamos interpretar como un acto supremo de auto inmolación, a los 42 años de edad, en el combate inaugural de la última guerra por la independencia de Cuba. Que su muerte haya acaecido heroicamente en el fragor de aquella guerra no debe confundirnos, alejando nuestra atención de la circunstancia que, de manera más notable, lo relaciona con el resto de América y con el conjunto más amplio de las naciones que, en todo el mundo, sufrieron la explotación colonial y los subsiguientes intentos de avasallamiento cultural.

La condición de pensador y líder universal de Martí es lo que de mejor manera justifica que busquemos, para homenajearlo, el espacio intelectual de la Universidad, espacio de encuentro que trasciende todas las distancias y nos permite reconocer dentro de cualquier grado de diversidad, los rasgos de un conjunto compartido de problemas y la propuesta de ideas. Es profundamente martiana la idea de que para explicar la existencia y el destino de la humanidad debe recurrirse a todas las perspectivas que se derivan de una vasta multiplicidad de culturas. El pensamiento martiano sólo adquiere significado a la luz de esa diversidad de perspectivas que se expresa en multiplicidad de lenguajes, de espacios y de tiempos: en resumen, en la construcción de la historia. Martí ha permitido a través del tiempo la confrontación de

Dice Martí: “La patria necesita sacrificios. Esfera y no pedestal. Se la sirve pero no se la toma para servirse de ella”

identidades para configurar elementos y sentimientos de pertenencia, de cohesión, pero al mismo tiempo de diferenciación. Los ejes fundamentales de su pensamiento son la libertad, la democracia y la igualdad de razas.

Breve semblanza

Martí realiza sus estudios de primaria superior de 1865 a 1867 y comienza los de bachillerato bajo la guía académica de Rafael María de Mendive, maestro que incidirá fuertemente en su amor a la libertad y en su formación patriótica en general.

1868 es un año revolucionario. En la metrópoli, una revuelta militar obliga al destierro a la Reina Isabel II, “...la de los tristes destinos...”, diría Benito Pérez Galdós. En Cuba se inicia la Guerra de los Diez Años contra el poder colonial español en la Isla. Es un año de retos, realidades y de lucha. En 1869, un 19 de enero, publica su primer escrito político en la única edición del periódico *El Diablo Cojuelo*. Luego, el 23 del mismo mes, aparece publicada *La Patria Libre*. Por esas fechas es detenido su profesor y mentor, Rafael María de Mendive, quien es deportado a España, de donde más tarde se fugaría a los Estados Unidos.

En 1869, Martí ingresa en la Cárcel Nacional acusado de infidencia. (Días antes, en un registro efectuado en la casa de un amigo suyo, había sido encontrada una carta dirigida a un amigo que se había alistado en el ejército español, a quien se llamaba apóstata, sinónimo de traidor, y se incitaba a desertar). En 1870, un 4 de marzo, es condenado a seis años de prisión y se le destina a trabajar en las canteras de San Lázaro. Hacia finales de año, merced a la intervención de sus padres, recuérdese españoles, se conmuta la pena de prisión por la de destierro, mismo que iniciará en la Isla de Pinos y continuará más tarde en España, de donde iniciará su periplo latinoamericano.

En 1875, en México, comienza a colaborar con el periódico *El Socialista*, órgano del Gran Círculo Obrero en dicho país. En 1880, ya en su etapa de vivencias en Estados Unidos, y a pocos días de llegar a Nueva York, traba conocimiento con el Comité Revolucionario de su patria, que acuerda incluirlo entre sus miembros como vocal. Martí aprovecha para colaborar durante su estadía con los periódicos *The Hour* y *The Sun*. Asume interinamente la presidencia del Comité Revolucionario al partir su presidente, el general Calixto García, para Cuba. El 1º de agosto la guerra finaliza sin éxito y el General García es hecho prisionero de los españoles.

En 1881 viaja de Nueva York a Caracas. Allí, Martí trabaja como profesor de gramática francesa y de Literatura en el Colegio Santa María. Imparte asimismo clases de Literatura en

José Martí, en su ética y su estética, nos enfrenta a la búsqueda de caminos para la realización de la utopía

el Colegio Villegas, en el que establece una Cátedra de Oratoria. Unos años más tarde, el 1º de enero de 1891, aparece publicado su ensayo «Nuestra América» en la *Revista Ilustrada* de Nueva York, que es reproducido poco después por el Partido Liberal, de México. En los meses de febrero-abril, y como Delegado de Uruguay, asiste a las sesiones de la Comisión Monetaria Internacional Americana, y mantiene una activa participación en defensa de la dignidad de nuestra América. En agosto de ese mismo año, se publica su libro *Versos sencillos*. Ante las quejas presentadas por el Cónsul de España contra sus pronunciamientos en el acto conmemorativo del día anterior, renuncia a su cargo de representante consular de Argentina. Lo hará también con los cargos semejantes de Uruguay y Paraguay, que también tenía.

En 1893, nuevamente en Nueva York, se encuentra con el poeta nicaragüense Rubén Darío, al que llama hijo, y por quien sería considerado “Maestro”. Ese año se desplaza a Montecristi, República Dominicana, donde lo espera el general Máximo Gómez. Dan inicio las conversaciones acerca de la situación en Cuba y se trazan los planes expedicionarios, que deberán coordinarse con el lanzamiento simultáneo en la Isla. El 1º de julio, en Costa Rica, se entrevista varias veces con el general Antonio Maceo, quien manifiesta la aceptación de los planes trazados en Montecristi.

En 1895, la delación de un traidor alerta a las autoridades estadounidenses, que detienen en el puerto de Fernandina, en la Florida, uno de los barcos que llevaría a los expedicionarios a Cuba, incautando pertrechos y equipos, y ordenan apresar los buques sospechosos, lo cual hace fracasar el llamado Plan de Fernandina. Martí se oculta en Jacksonville, donde, tras una consulta con sus colaboradores, decide continuar el plan. El 11 de abril de dicho año desembarca en la Playita de Cojobabo, en la zona oriental de la Isla, junto a los generales Máximo Gómez y Francisco Borrero, el coronel Ángel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario. El día 3 de mayo de 1895 redacta, dirigida al director del periódico *The New York Herald*, una carta-manifiesto que lleva su firma y la del experimentado general dominicano-cubano. El 19 de mayo de 1895, Martí muere en combate.

La obra escrita

La obra Martiana es, según Pedro Henríquez Ureña, un “periodismo elevado a un nivel artístico que nunca ha sido igualado en español, ni probablemente en ningún otra lengua”.

El país al que dedicó más espacio fue Estados Unidos, donde vivió desterrado la mayor parte de sus últimos quince años de vida. En sus *Obras Completas*, Martí recopila el pensamiento hacia este país. Dijo Martí que “para conocer un pueblo, se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: en sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus poetas y en sus bandidos”. La dramática modernidad del

pensamiento martiano sin duda tiene raíces en las vivencias del poeta en Estados Unidos. El grueso de sus trabajos sobre este país del norte lo forman textos sobre construcciones, fiestas, acontecimientos naturales, huelgas, conflictos raciales y religiosos, partidos políticos, campañas electorales, entre otros muchos temas. Entre las cosas que más lo impresionaban, en una curiosidad que hacía cualquier ámbito pequeño para saciar la misma, estaban las últimas novedades políticas, literarias, artísticas, científicas, y el sentido democrático de la prensa estadounidense. Los movimientos sociales en Estados Unidos a finales del siglo XIX influenciaron y radicalizaron su pensamiento, hechos que por otro lado radicalizaron también a pensadores estadounidenses de la talla de Mark Twain y William Dean Howells.

Releer a Martí hoy nos permitirá sin duda alguna identificar y entender en gran medida los elementos conformadores de nuestras identidades, y contribuir a la construcción de nuestra conciencia histórica latinoamericana. Para él, América Latina no debería mantenerse como un espacio cerrado en sí mismo, ya que la cultura de nuestro continente ha de buscar su integración constructiva y enriquecedora con la cultura universal. Así, escribe:

Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas y calle el pedante vencido, que no hay patria en que no pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas latinoamericanas.

José Martí comienza muy joven su actividad de publicista, cuenta apenas quince años cuando entrega sus primeros versos a *El Album*; pocos meses después, en enero de 1869, funda el periódico *El Diablo Cojuelo*, al tiempo que dirige la *Patria Libre*, hoja que le ganará la experiencia temprana de la Cárcel, documentada luego en el alegato imperecedero de *El Presidio Político en Cuba 1871*.

La obra martiana se gesta y nutre en las corrientes de pensamiento del siglo XIX, un siglo “desbordado por las coherencias e incoherencias de las tendencias y los conflictos ideológicos”. Para la cultura hispanoamericana, este siglo comienza apoyándose en ideas ilustradas y estilos neoclásicos y termina volviéndose hacia el realismo y modernismo que dominarán el cambio finisecular. Asimismo, se le puede caracterizar de romántico en tanto las preocupaciones románticas y posteriormente positivistas imponen grandes líneas del pensamiento y del arte.

Esta primera etapa del hispanoamericanismo se caracteriza por tres grandes temas: la valoración del pasado; la cuestión de la identidad continental o ideal americanista; y la cuestión de las identidades nacionales. Y en ello se inscribe la obra de Martí, siendo la

valoración del pasado uno de los elementos más importantes de su pensamiento. Su ensayo “Nuestra América”, junto con “La Carta de Jamaica” de Bolívar (1815), realizan brillantemente esta revisión crítica del pasado americano. En “Nuestra América”, Martí expresa sentimientos respecto a la colonización española y realiza una valoración del pasado, en tres tiempos: pasado español, pasado indígena y pasado inmediato.

Martí reivindica el pasado precolombino al hablar de la Conquista como la injerencia de una civilización devastadora y por otro lado habla de una civilización americana majestuosa. Este pasado debe resucitarse, fortalecerse, hay que recuperarlo y hacerlo vivir en la América mestiza. Al ser interrumpido este pasado se creó un pueblo mestizo que únicamente la reconquista de la libertad puede desenvolver y restaurar en su propia alma. Es la condición de mestizo la que hace la especificidad de América. La que le dará su identidad.

En “Nuestra América” está la afirmación rotunda de la originalidad de nuestras tierras, el mayor sustento de su ideario, en el cual su ética merece ponerse en perspectiva para dilucidar las instancias de las relaciones de poder. Este texto canónico comienza con la siguiente afirmación: “Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede Alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal (...) lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza sino con las armas de almohada, como los valores de Juan de Castellanos: las armas del juicio que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras.”

Es a partir de esta obra que se articula el resto de su pensamiento. En ella se reconoce la autoctonía, la especificidad de esta América que él llama mestiza, producto de la mezcla de descendientes de europeos, indios y africanos. El Indio posee una enorme importancia para Martí, como dueño de la tierra y hombre que fue capaz de levantar sobre ella culturas originales y enteramente propias.

Mención especial merece la ética martiana y su compromiso con la solidaridad social, con el servir y la concepción del poder, con el significado que tiene el ser o el tener un cargo público, temas estos de gran actualidad en nuestros países. Dice Martí: “La patria necesita sacrificios. Esfera y no pedestal. Se la sirve pero no se la toma para servirse de ella”. Auténtico ingeniero del espíritu, nunca utilizó los artefactos de la política, pero sí comprendió la importancia de un pensamiento que tanto ha contribuido a configurar el discurso político de nuestra América. El Apóstol, como se le llamaba, no practicaba la humildad farisaica, que hace decir al Marco Bruto de Shakespeare:

la humildad es una escala de la ambición incipiente a la que vuelve el rostro trepador; pero una vez en el peldaño más alto, da entonces la espalda a la escala, tiende la vista a las nubes y desdeña a los humildes escalones que lo encumbraron.

Martí demuestra en su obra cómo la historia, en la utopía, procura evidenciar un rastro latente: sus posibilidades. Pensar utópicamente es pensar aquello por lo cual no se puede acceder a la utopía. Sin embargo, y ahí radica la vigencia de su pensamiento, no hay manera de escabullirse de la utopía. Procurar su realización no es menos necesario que meditar frente a lo posible y lo imposible. Sólo de esta manera lo utópico podrá convertirse en realización histórica. José Martí, en su ética y su estética, nos enfrenta a la búsqueda de caminos para la realización de la utopía y a interrogantes que hoy todavía siguen vigentes. El gran problema consiste en saber si mantener las diferencias, las existencias múltiples, las resistencias y las lógicas de la diferenciación, constituye un fracaso o es compatible con las tendencias uniformadoras que parecen triunfantes actualmente.

Una de las respuestas consiste en considerar a la economía y la cultura como dos dimensiones diferentes de la experiencia humana, que obedecen a dos lógicas antagónicas: la primera, la económica, fundada en el egoísmo, el interés individual que nos llevaría a la uniformización, puesto que la búsqueda a ultranza del beneficio individual está sometida a aquella lógica aespacial e intemporal que le permite a Jorge Luis Borges declarar indistinguibles al lobo que aullaba a las noches de Guillermo el Conquistador del lobo que hoy podemos ver encerrado tras los barrotes en un jardín zoológico cualquiera. Lo cual está muy alejado de la experiencia que llamamos cultura, una experiencia reservada únicamente a la especie humana, una experiencia fundada en la búsqueda constante de nuevas identidades, de diferentes expresiones del ser de la especie.

En la cultura está la explicación de por qué, a diferencia de los lobos de Borges, los dos individuos que se llamaron Erasmo y José Martí son manifestaciones excepcionales y perfectamente distinguibles, entre sí y de todas las otras, de la humanidad. La economía, más cercana a la “lupidad”, en cuanto adquiere preeminencia niega a la cultura, niega a las experiencias colectivas y solidarias que son las más afines a la humanidad. Estas experiencias colectivas y solidarias son formas nacidas de la imaginación, el juego, el arte, las creencias y sentimientos.

Es por eso que el pensamiento martiano tiene vigencia en nuestro tiempo, que un día predijo en estas palabras el Apóstol: “mi verso crecerá bajo la yerba, yo también creceré”. ☒

María Salvadora Ortiz. Filóloga costarricense, egresada de la Universidad de Costa Rica, con estudios de Doctorado en Estudios Latinoamericanos en París. Ha sido profesora de la Universidad de Costa Rica y, en esta misma universidad, directora del Departamento de Filosofía, Artes y Letras y de la Sección de Trabajo Comunal Universitario, así como representante en el Consejo Superior de Educación. Fue representante del Ministerio de Cultura en la Comisión Nacional de la UNESCO y, actualmente, es Embajadora de Costa Rica ante el Reino de Bélgica, el Gran Ducado de Luxemburgo y la Unión Europea. Es autora de más de 40 publicaciones sobre temas culturales, educativos y literarios y miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.